

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

4 de Mayo de 1995

I. Planteamiento del problema

1. Una preocupación pastoral básica

La manera de considerar la polaridad varón-mujer es uno de los puntos centrales de la nueva evangelización.

La viga maestra del edificio

Abordar la pregunta sobre la identidad femenina nos plantea uno de los temas más decisivos de la evangelización de la cultura. Y, al mismo tiempo, significa tocar uno de los tópicos más conflictivos, donde existe gran confusión y se dan múltiples y contradictorias posiciones.

Nos enfrentamos a un tema central en la evangelización de la cultura; pues ésta se plasma y decide, en gran parte, a partir de la influencia que ejerce en ella la mujer. Aunque, para ser más exactos, habría que completar la afirmación agregando: con la influencia que ejerce en ella la mujer y el varón. No podemos hablar de la identidad femenina sin referirnos, al mismo tiempo, a la identidad masculina. Una se explica y comprende en relación con la otra. De allí que en esta exposición, constantemente nos referiremos tanto a la identidad femenina como a la masculina; aunque desarrollaremos más ampliamente la primera.

La mujer y el varón, por lo que son en sí mismos y por su mutua relación, informan toda la realidad. Constituyen la célula básica de la sociedad y de la Iglesia: la familia, que está llamada a ser cuna de un auténtico humanismo; no sólo en cuanto es en ella donde se educan los hijos, sino también porque la pareja conyugal está llamada a perfilar y ejercer la masculinidad y la femineidad; lo cual se irradia y condiciona todo el tejido social.

A partir de estas realidades primarias, se construyen –o se corrompen y deterioran– las actitudes básicas del comportamiento humano, los valores que rigen la convivencia social, política y económica de la vida de un pueblo.

De allí que nuestra acción pastoral deba considerar la polaridad varón-mujer como uno de los puntos más centrales de la nueva evangelización. Si hacemos llegar suficientemente la palabra y gracia redentora de Cristo a este nivel, estaremos

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

realizando un trabajo sólido. En la edificación de la Iglesia y de la sociedad debe estar bien puesta esta viga maestra; de otro modo el edificio no resistirá incólume los embates y desafíos del tiempo.

2. La pregunta sobre la identidad femenina a la luz del proceso cultural

En el umbral del tercer milenio, es preciso preguntarse si seremos capaces de salvar la concepción cristiana de la familia, del varón y la mujer, en la cultura adveniente.

El proceso cultural de los últimos cinco siglos

Un planteamiento correcto de este tema requiere, a nuestro juicio, ser visualizado desde una perspectiva cultural. La afirmación que hemos hecho, de validez general adquiere, sin embargo, una importancia peculiar, debido al momento de transición histórica por el cual atravesamos.

Hoy se está decidiendo la cultura del tercer milenio: se están echando los dados por siglos. Asistimos a un proceso en el cual se cuestionan y enfrentan, radicalmente, las más variadas concepciones sobre la persona humana, sobre el varón y la mujer, sobre la familia, sobre el sentido del trabajo y de la vida humana. Somos testigos y protagonistas de un tiempo histórico en el cual se juega lo más profundo y fundamental de nuestra existencia.

Para la Iglesia, llamada a ser alma del mundo, surge entonces con fuerza la pregunta de si seremos capaces de salvar la imagen cristiana del hombre en la cultura adveniente; de hacer valer, en el tercer milenio, la concepción cristiana de la persona humana, del varón y la mujer, de la familia, del trabajo, de la vida.

En los últimos siglos, el varón ha desarrollado una cultura hipervirilizada, haciendo prevalecer los valores típicamente masculinos, sin el contrapeso y complemento de los valores específicamente femeninos. Esto ha sido el origen de buena parte de las deformaciones de nuestra civilización.

El papel del varón en el proceso cultural

Consideremos brevemente el proceso histórico de los últimos siglos. En éste destacaremos el rol que le cupo al varón, pues ello nos parece determinante para poder aquilatar correctamente el rol que desempeña la mujer en este proceso.

El paso de la Edad Media al tiempo moderno significó el tránsito de una era teocéntrica a una era antropocéntrica. El hombre se experimentó como un ser autónomo, con capacidades, con extraordinarias posibilidades, y de ahí, poco a poco, se fue despertando en él un inmenso afán de conquista, de posesión, de dominio sobre la naturaleza. El avance científico y tecnológico, los descubrimientos geográficos, el surgimiento de los grandes poderes económicos, fueron acentuando fuertemente su autoconciencia y su sentimiento de poder.

Huida cultural de la casa del Padre

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

Por otra parte, la cultura que se fue gestando a partir del Renacimiento, estuvo fuertemente marcada por un movimiento de lejanía y apostasía de Dios. El hombre moderno siente que, para ser libre, para ser plenamente hombre, necesita desligarse de Dios. Une su conciencia de autonomía con el desprendimiento de Dios. Se dio así, en estos cinco últimos siglos, una creciente huida cultural de la casa paterna. Creyéndose “mayor de edad”, el hombre cortó cada vez más el cordón umbilical que lo ataba a Dios.

Ahora bien, el varón, llamado por naturaleza a conquistar y dominar el mundo, tomó la delantera en este proceso. Desplegó todo su potencial de masculinidad en forma unilateral. Llevado por la soberbia, se creyó un pequeño dios, y gestó lo que hemos vivido hasta la saciedad en nuestro siglo: una cultura hipervirilizada.

Perdido el anclaje en Dios, el varón hizo prevalecer los valores dominantes que le eran connaturales: la razón, la técnica, el producir, organizar y poseer ... Para el hombre moderno, la creación pasó a ser un dato que se mide, que se pesa, que se domina, que se usa. No es ya una creación dada para quererla, desarrollarla y protegerla, sino para dominarla y explotarla. Recién ahora estamos acusando los efectos del desastroso estado ecológico a que fue reducida.

El varón se fue adueñando así de los centros de poder. Se convirtió no sólo en una máquina de producción racional, en un “trabajólico” sin igual, sino también en un dominador y tirano sin escrúpulos, que justificaba su brutalidad con ideologías “humanitarias”, que pretendían defender la vida con la muerte y la violencia. Busca entonces producir desenfrenadamente, para dar de comer y “dignificar” a los mismos que manipula y explota, que trata como tornillos desechables de una máquina.

El endiosamiento de la razón condujo no sólo a los racionalismos de corte ideológico, sino a “racionalizaciones” y pragmatismos deshumanizantes.

El varón cultiva y tiende a endiosar la razón, especialmente a partir de la Ilustración. Es evidente que tiene afectividad y posee otros elementos complementarios de su masculinidad, pero su razón analítica –que tantas veces cae en el racionalismo e idealismo, desligados de la realidad concreta– pareciera ser lo más determinante de su masculinidad. El postulado de la Ilustración es que si somos racionales viviremos como seres humanos. Y esa ideología produjo las crisis de los dos últimos siglos. Esa mentalidad conformó el marxismo, el nazismo, el capitalismo liberal y otras ideologías que han originado catástrofes humanas y sociales. Nunca en la historia de la humanidad se había dado una guerra que contabilizase sesenta millones de muertos como ocurrió en la segunda guerra mundial. Las guerras napoleónicas, en plena Ilustración, produjeron también una mortandad impresionante de seres humanos. Y qué decir hoy de los millones de seres postergados y de la muerte de los inocentes y no nacidos, de los experimentos aberrantes de la biogenética en nombre de la investigación “científica” ...

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

¿Por qué tanta brutalidad? “El sueño de la razón engendra monstruos”, reza un cuadro de Goya que muestra a Rousseau. La hipervirilización produjo eso: monstruos. ¿Qué habría que decir de tantas “planificaciones” y “estrategias” políticas y económicas, de nuestro siglo? ¡Cuántas veces hemos sido testigos y víctimas –especialmente los países en desarrollo– de esas “racionalizaciones”!

La subestimación de los valores femeninos ha gestado una cultura sin alma y sin Dios.

La situación de la mujer

En un tiempo donde triunfa el racionalismo y el voluntarismo, el ansia de dominio, de producir y de poder –fórmulas todas marcadamente masculinas–, se puede comprender cuan reducido es el lugar que queda para la mujer.

En la cultura de la Ilustración, en el tiempo moderno, en la era del racionalismo y la explosión industrial, la mujer no tiene mucho que decir ni menos ocupa un lugar, de acuerdo a su dignidad, junto al varón. Medida con los parámetros masculinos, se le subvalora: es el “sexo débil”. Se tiende a relegarlas al hogar, donde muchas veces se convierte en sirvienta del varón, en máquina que engendra hijos, o bien es utilizada por el varón como juguete de sus apetitos desordenados.

En ese mundo hipervirilizado, tampoco tienen ni relevancia ni cabida los valores femeninos: el amor, el cuidado por la vida, los vínculos interpersonales. Hemos engendrado una cultura sin alma y materialista, donde reina el egoísmo, el individualismo y la competencia. Todo se organiza, se analiza, se planifica, se instrumentaliza y se juzga según el factor de producción, de utilidad y de lucro. En definitiva, hemos engendrado una cultura sin Dios.

De este modo, la maldición que siguió al pecado de Eva ha hecho estragos en la historia de la mujer. Fue esclavizada, dominada con violencia por el varón, quien no supo incorporar el elemento femenino a su virilidad ni valorar a la mujer en su incomparable calidad de madre, esposa y compañera.

3. Balance cultural

¿Cuál es el balance de esta deshumanización? ¿Qué ha sucedido con la imagen del varón y de la mujer en la cultura actual?

El varón se convirtió en una máquina racional de producción y, a la vez, en un ser agobiado, incapaz de asumir responsabilidades familiares, fuera de las económicas.

a. Deterioro de la imagen del varón

Por una parte, *el varón*, al desligarse de Dios y acentuar unilateralmente sus propios valores, ha terminado desfigurándose; destruyó su armonía; se desequilibró. Perdió la plenitud de la paternidad que Dios le había confiado. Convertido en una máquina racional de producción, descuidó lo más radical del

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

ser humano: la capacidad de dar y recibir amor personal. Aplastado por la responsabilidad de ser un pequeño dios, agobiado por el trabajo frenético, terminó quebrándose y convirtiéndose en esa pobre figura de esposo y de padre que pintan las historietas como caricatura de la verdadera masculinidad; en un ser incapaz de asumir responsabilidades, sobre todo en el hogar, frente a sus hijos y su esposa.

La reacción femenina es cada vez más fuerte. Corrientes feministas buscan reivindicar la posición y dignidad de la mujer; lamentablemente, muchas veces, compitiendo con el varón y adoptando sus parámetros de valoración.

b. Deterioro de la imagen de la mujer

Por otra parte, *la mujer* fue relegada a un rincón. Se gestó una cultura carente no sólo de los valores femeninos, sino que también la misma mujer, que debiera ser por excelencia la portadora y la defensora de esos valores, ha sufrido una extraordinaria crisis de identidad. Denigrada y menospreciada, objeto del abuso masculino y de su dominio despótico, acabó rebelándose, optó por emanciparse, buscando reivindicar su dignidad y sus derechos.

La tragedia reside en que, para lograrlo, ha caído, por una parte, en la trampa de entrar en competencia con el varón, adoptando los mismos parámetros masculinos de valoración, pretendiendo mostrar así que “ella también puede hacer lo mismo que el varón y aún mejor que él”; buscando desacreditar lo que éste es y hace, en contraposición con lo que ella es y hace. O bien, con el mismo fin, optó por realzar su atractivo sexual para subyugar al varón. Pero, desgraciadamente, esos caminos la han reducido a una mayor esclavitud y a la pérdida de su propia identidad.

El desplazamiento teórico y práctico de Dios en nuestra cultura abarca desde el deísmo hasta la indiferencia total. Se suprime así todo punto de referencia claro para el hombre.

c. Deterioro de la imagen de Dios

A este doble deterioro –de la imagen del varón y de la mujer– se agrega el deterioro de *la imagen de Dios*; comprendiendo este último en el sentido del progresivo distorsionamiento y desaparición de la imagen de Dios en esta cultura secularizada y materialista, producto del abandono de la casa del Padre.

El racionalismo convirtió a Dios en una idea impersonal; el deísmo lo relegó fuera del acontecer histórico; el ateísmo luchó por acabar con todo tipo de religión ... Hoy la situación es peor: por una parte, hemos llegado a la indiferencia frente a Dios, o bien hemos dejado abierta las puertas para que cada uno se haga un dios “a su medida”, un dios amorfo, indefinido ... Por otra parte, quienes afirman la existencia de Dios, a menudo proyectaron en éste la imagen de autoridad que prevalecía en ese entonces. Así hemos llegado a sentir a Dios como un tirano, un policía despótico, un “supermercado” y, por último, un Dios ausente e incapaz ...

Si el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, resulta claro que el concepto y la vivencia que tiene de éste, es determinante respecto a la concepción que tiene

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

el hombre de sí mismo; no debe extrañarnos, entonces, lo que el hombre piensa del hombre en nuestro tiempo.

La pregunta sobre la identidad masculina

Ahora bien, esta cultura dominada por el varón y los valores masculinos, contradictoriamente no ofrece imágenes de varón que sean plenas. En este contexto, resulta sorprendente constatar que, en general, se piensa que es la mujer, en primer lugar, quien está en crisis. En torno al varón parecieran no existir mayores problemas.

Poco o nada se habla de la problemática respecto al varón como uno de los signos del tiempo. Y, sin embargo, la crisis del varón es tanto o más profunda que los cuestionamientos sobre la mujer. Es ilusorio pretender abordar fecundamente uno de los polos sin referirse también al otro. Ambos se condicionan radicalmente. Ambos, varón y mujer, deben ser evangelizados en su ser mismo, en su originalidad propia –no sólo en sus obras o instituciones– y en su mutua complementación, tal como Dios los concibió en su plan de amor. Y para que esto suceda, tanto el varón como la mujer deben tener claridad sobre su propia identidad, y, lo que es más importante, deben conquistarla a través de un serio esfuerzo de autoformación.

La mujer busca reivindicar su dignidad; pero, ¿cómo dignificar a la mujer si el varón, al mismo tiempo, no la valora y dignifica como corresponde? ¿Cómo reivindicar los derechos y valores de uno sin considerar también en profundidad la realidad del otro?

Diversas reacciones y movimientos intentan abrir paso a una nueva cultura. Queda la pregunta si ésta llevará impresos los rasgos de Cristo o acusará aún más pronunciadamente la “huida de la casa del Padre”.

Hacia una nueva cultura

Conocemos la multiplicidad y divergencia de las concepciones y corrientes culturales reinantes. Las corrientes feministas han puesto sobre el tapete el gran desafío en torno a la identidad de la mujer, su dignidad y su rol en la cultura. La controversia está candente, tanto en la sociedad como al interior de la misma Iglesia. Aún queda mucho camino por recorrer hasta lograr una clarificación al respecto.

Todos los espíritus despiertos y conscientes miran al futuro y perciben con esperanza los débiles brotes de una nueva realidad cultural. Estamos en un tiempo de adviento, en el umbral del tercer milenio.

No han faltado las reacciones que buscan superar la problemática cultural que hemos descrito. Los movimientos en torno a la cuestión social, las corrientes feministas y ecologistas, la “Nueva Era”, el postmodernismo, constituyen algunas de las reacciones pendulares más significativas, que intentan abrir paso a una nueva cultura. Si analizamos su intención profunda y los valores que defienden y

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

promueven, sorprendentemente descubriremos en ellas una preocupación marcadamente femenina, maternal ...

Pero el clamor y los intentos de forjar una nueva cultura se ven frustrados, porque (lo comprobaremos siempre de nuevo) no es posible forjar un verdadero humanismo sin Dios, sin Cristo, que es el único "que revela el hombre al hombre". No hay otro camino: el ser y la misión del varón y de la mujer tienen que ser vistos a la luz de quien los hizo a su imagen y semejanza, y de quien nos reveló esa imagen: Cristo Jesús, Redentor del hombre.

Pero, desgraciadamente, tal como lo señalamos, se ha perdido el norte: hemos abandonado las fuentes de agua viva para construirnos cisternas incapaces de retener el agua (Cf. Jr.2,13). El hijo pródigo está aún supeditado a comer la comida de los cerdos; todavía no decide su retorno a la casa paterna.

Este es el problema social y humano más urgente y, por ello mismo, es lo que, a nuestro juicio, debiera constituir para la Iglesia, en el sentido de la Nueva Evangelización, una preocupación pastoral de primer orden. Otras preocupaciones pastorales, aunque importantes, resultan secundarias ante este desafío primordial.

Para orientar la labor evangelizadora, más allá de los análisis de la realidad y de los datos sociológicos, es preciso alcanzar una clarificación de fondo, desde la perspectiva antropológica-bíblica, sobre la identidad masculina y femenina en sí mismas y en su mutua relación.

II. Pautas para una reflexión pastoral sobre este tema

Análisis de la realidad no nos faltan. Lo que falta es llegar, primero, a un acuerdo sobre qué entendemos por el ser y misión de la mujer y del varón, para luego determinar los caminos que conducen en forma eficaz a la conquista de ese ser y misión, tanto en la Iglesia como en la sociedad. (Este segundo aspecto, de orden más bien pedagógico, lo dejaremos para tratarlo más adelante).

No plantearse esta pregunta de fondo, significa quedar atrapados en la maraña de los diagnósticos y de las diversas interpretaciones de los cambios y condicionamientos culturales. En otras palabras, debemos situarnos en el nivel de una sana antropología cristiana. Si logramos desentrañar lo que piensa Dios del hombre, varón y mujer, nuestra labor evangelizadora logrará ser suficientemente esclarecedora y la Iglesia podrá aportar la luz y la suficiente vida al proceso histórico que enfrentamos.

Para realizar lo que proponemos, nos permitimos sugerir lo siguiente:

- Recurrir al dato bíblico del Génesis sobre la creación del hombre.
- Observar con detención el mensaje y simbología que trasunta el cuerpo de la mujer y el cuerpo del varón.

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

- Leer el mensaje de Dios sobre el varón y la mujer en el sacramento del matrimonio.
- Contemplar en María la encarnación ideal del ser y misión de la mujer.

Para esclarecer la identidad del varón y la mujer, recurrimos al relato de la creación. El dato bíblico del Génesis señala con claridad la total igualdad entre el varón y la mujer en su dignidad y valor. Por otra parte, muestra la diferencia en su modalidad de ser que existe entre ambos. Ninguno agota por sí mismo la idea que Dios tuvo del hombre al crearlo.

1. Varón y mujer en el relato del Génesis

Recurrimos, en primer lugar, a la enseñanza del Génesis, de valor permanente, acerca de la creación del hombre. Los dos relatos sobre la creación del hombre, en un lenguaje arcaico y simbólico, arrojan valiosas luces sobre el ser y la misión del varón y la mujer. El primero destaca especialmente la igualdad, el segundo se refiere más a su diversidad.

No pretendemos hacer un análisis exegético al respecto, sino sólo señalar algunos aspectos que nos parecen centrales.

¿Qué se puede deducir del dato bíblico del Génesis?

1.1. Que la idea del hombre se realiza en dos modalidades –varón y mujer– de igual valor y dignidad.

Esta afirmación resulta decisiva frente a todos los “machismos” y “feminismos” culturales. Ambos, varón y mujer, son iguales en su valor y dignidad; ninguno es más ni menos que el otro. Ambos son imagen y semejanza de Dios; ambos deben ser fecundos y dominar la creación (Cf. Gn 1,26-31). Incluso, en el segundo relato, cuando Adán dice: “ésta es carne de mi carne y sangre de mi sangre”, reafirma esta igualdad y expresa la complacencia y alegría de encontrar un ser igual a él, una persona humana. La figura que describe a Eva como formada de la costilla de Adán, no indica inferioridad, sino que alude precisamente a esa igualdad: Eva fue forjada por Dios del mismo “material” que el varón. Esto también se expresa en el juego de palabras “varón-varona”, “hombre-hembra”.

Por lo tanto, en primer lugar, afirmamos que ambos fueron hechos a “imagen y semejanza” de Dios. Es decir, ambos son personas libres y capaces de amar, y poseen la misma dignidad del ser. Si los diferenciamos en su originalidad propia, nunca debemos olvidar que, en lo esencial, son iguales.

1.2. Deducimos, en segundo lugar, que, por sí mismo, ninguno encarna la plenitud del ser humano: son seres complementarios.

Adán necesita de Eva y Eva necesita de Adán; porque “no es bueno que el hombre esté solo”. La idea que Dios tuvo sobre la persona humana no se agota ni en el varón ni en la mujer por sí mismos, sino en su mutua complementación.

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

Toda concepción del ser humano que diluya o aminore esta polaridad o tienda a absolutizar o a sobreexaltar uno de los dos polos, tanto al varón como a la mujer, es reduccionista y tuerce el plan primitivo de Dios. Toda concepción que pretenda nivelar o suprimir la diferenciación de los sexos, tuerce igualmente el plan divino. Siempre veremos, en este sentido, las tendencias homosexuales o lesbianas como una anormalidad o una aberración moral. Las concepciones que hoy abundan, muestran hasta qué punto puede llegarse cuando nos separamos de quien hizo al hombre según su imagen. En organismos internacionales y en sus adherentes en nuestro medio, se evita halar de la bi-sexualidad varón-mujer. No se dice que hay dos "sexos", sino que se usa la palabra inglesa "gender", que ha pasado a ser un término técnico. Se afirma que hay cinco "géneros": la persona puede estar marcada así como varón, mujer, lesbiana, homosexual o hermafrodita. Todos estos géneros son de igual rango y dignidad; de igual calidad antropológica y social.

Pretender afirmar que las diferencias estructurales, funcionales y psicológicas, entre el varón y la mujer, son producto de factores meramente culturales, fuera de ir contra una realidad evidente, significa desconocer el plan de Dios. Lo que de ningún modo quiere decir que circunstancias culturales no hayan influido y deformado la imagen querida por Dios tanto en uno como en otro; más todavía en un mundo donde está tan presente el misterio de iniquidad.

La polaridad de los sexos hace que entre ambos exista una especie de atracción magnética y de mutuo encanto ("Esta vez sí que hueso de mis huesos ..."), una atracción que los lleva a unirse "en una sola carne" y a ser así imagen del Dios amor; de un Dios que es Trinidad, donde subsisten relaciones de amor en la polaridad de las tres personas divinas.

En el relato de la creación se muestra que Dios da a ambos la tarea de ser "señores" de la creación. Ambos debían ser fecundos, multiplicarse y someter la tierra; pero, a la vez, se destaca que se confiere a Adán la labranza y cuidado del Edén y se acentúa su función respecto del mundo. En cuanto a la mujer, se subraya su misión de ser compañera del varón y "madre de los vivientes", ("Eva" viene de la raíz "vivir", "vida"), madre que da vida y cuida de la vida. Con ello, se señala la originalidad básica de la mujer: su maternidad, su cercanía y servicio a la vida.

Teniendo como base la igualdad en el valor y en la dignidad de ambos sexos, la polaridad existente entre ambos requiere (para que cada uno sea plenamente una personalidad armónica) la complementación y perfeccionamiento interno, en el propio ser, con elementos de la originalidad del otro polo.

A esto se agrega la necesidad de complementación en el quehacer: en todas las esferas de la cultura (en el ámbito social, político, económico, religioso, etc.) se requiere el aporte propio de ambos sexos.

Si ninguno de los dos, ni el varón ni la mujer, agota por sí mismo la idea que Dios tuvo del hombre, ser perfecto, tanto para el varón como para la mujer, esta

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

circunstancia implica una necesaria complementación en el ser y en el quehacer del uno y del otro.

Es decir, cada uno debe asumir en la propia persona la originalidad del otro polo, “redondeando”, por así decirlo, su propia originalidad. Si una mujer no asimila los valores típicos de la originalidad masculina, no es plenamente mujer. Un varón que no perfecciona su masculinidad con valores propios de la originalidad femenina, si su paternidad no asume rasgos de la maternidad, no es varón de manera plena y armónicamente ni encarna la plenitud de humanidad a la cual está llamado. No se trata de una mera asimilación extrínseca, sino del desarrollo de la masculinidad y feminidad –como valores psicológicos– que están presentes, aunque en distinta proporción, en cada persona humana.

Debe darse también una complementación en el quehacer, en todos los niveles y esferas de la realidad: familiar, social, económica, laboral, política, cultural, etc. El mundo se perfecciona sobre la base de la influencia que esta polaridad ejerce en él.

La confusión de los sexos, la nivelación y pérdida del perfil propio, como lo indicamos más arriba, conduce a una pendiente desintegradora de la cultura.

En el relato bíblico aparece también clara la *influencia que ejerce la mujer sobre el varón*; que en el Génesis muestra su lado negativo: Eva induce a Adán a pecar. Pero también allí mismo se anuncia a “la mujer” del Protoevangelio.

Para restablecer la imagen de la mujer y del varón, más allá de los factores puramente humanos, se requiere la acción de la gracia redentora de Cristo, que sana y eleva la naturaleza.

1.3. La “unidad de dos”, o “bi-unidad”, entre el varón y la mujer, es rota por el pecado.

Adán y Eva se separaron de Dios: querían ser “como dioses”. A raíz del pecado surge una triple maldición, sobre la serpiente, el varón y la mujer.

Sobre la mujer pesa la maldición que le impondrá la fatiga en sus embarazos y su maternidad; pesa también el hecho que su apetencia se dirigirá al marido y éste la dominará.

Al varón se le dice que por causa suya el suelo será maldito; su trabajo será fatigoso y la tierra le producirá espinas y abrojos.

La acción del demonio se ha interpuesto y ha ejercido su poder perturbador en el plan de Dios. La relación y convivencia del varón y la mujer deja así de ser armónica. Con el pecado nace el conflicto y la lucha de los sexos. Por eso, la armonía de los sexos, la conquista de la auténtica feminidad y masculinidad, no es algo que se pueda lograr sólo como fruto de un esfuerzo puramente humano, natural.

La psicología puede y debe dar valiosos aportes en este sentido; los tratamientos psicológicos y psiquiátricos, en muchos casos (cada vez más) serán necesarios; pero, en definitiva, se requiere la luz, la Palabra y la fuerza de la gracia que vence al pecado, que sana, restaura y perfecciona la naturaleza caída. La mujer y el varón

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

requieren ser redimidos para ser, en sí mismos y en su complementación mutua, lo que Dios soñó con ellos. En esta perspectiva aparece nuevamente “la mujer” (María, la Iglesia) jugando un papel decisivo. (Cfr. Protoevangelio)

La consideración de la corporeidad masculina y femenina proporciona un nuevo dato objetivo (que va más allá de los condicionamientos culturales) sobre la identidad de cada sexo y su papel en la cultura. El cuerpo, femenino o masculino, expresa, encarna y simboliza la femineidad y la virilidad.

2. La corporeidad como dato básico de la originalidad masculina y femenina.

Una segunda vertiente que proporciona luz sobre la identidad de la mujer y del varón es su corporeidad. Los ángeles no tienen sexo, son espíritus puros. Pero el ser humano no es un ángel, es un espíritu encarnado. Su cuerpo, lejos de ser una “cárcel para su espíritu”, forma con éste una unidad esencial; es espejo e instrumento del espíritu y, a la vez, le entrega toda su riqueza.

El espíritu al estar unido sustancialmente a un cuerpo, femenino o masculino, hace que la persona concreta sea varón o mujer.

Por lo tanto, la raíz de la originalidad, tanto femenina como masculina, debe buscarse en la corporeidad típica de cada sexo. El cuerpo encarna, expresa y simboliza la femineidad o la virilidad: leemos el querer de Dios respecto al varón y a la mujer, en su cuerpo.

Esta perspectiva nos asegura una objetividad que va más allá de los cambios culturales e ideologías antojadizas sobre ambos sexos. También a la luz de este dato objetivo, una vez más, se desvanecen las tendencias a justificar las corrientes homosexuales y lesbianas, y la confusión de los sexos, que hoy tanto abunda.

El cuerpo de la mujer expresa receptividad y donación de sí misma. Dándose a sí misma, la mujer recibe creadoramente y gesta vida.

El cuerpo femenino

La estructura biológica y genética de la mujer está ordenada a la maternidad: a concebir y a criar un hijo en sus entrañas. Sus órganos sexuales primarios nos hablan de una interioridad capaz de recibir, fecundar y gestar creadoramente la vida de un nuevo ser. Por otra parte, sus órganos sexuales secundarios señalan su capacidad de darse a sí misma; de dar vida, alimentando la vida que ha gestado. Se dice que la simbología que mejor expresa la femineidad es el círculo, que señala la interioridad, el acogimiento y, de algún modo, el reposo.

La mujer, por su cuerpo, delicado y, a la vez, tremendamente fuerte y rico, biológicamente está hecha para albergar la vida y criarla, dándose ella misma para

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

que esa vida crezca. Por su maternidad, ella está anclada en el terruño, en las cosas, en el hogar y, por ello, a su vez ancla al varón.

Podemos decir que el cuerpo de la mujer expresa una estructura de receptividad y donación. Ella es, de acuerdo a este dato, donación, obsequiosidad o entrega receptiva. Es receptividad activa y creadora, que donándose a sí misma, recibe y gesta vida.

El cuerpo del varón expresa impulso creador y de conquista.

El cuerpo masculino

Si se puede señalar el círculo como símbolo del ser femenino, la simbología que identifica al varón en su sexualidad es la flecha. A diferencia de la simbología femenina, la flecha indica exterioridad. Los órganos sexuales masculinos, a diferencia de los femeninos, son exteriores; señalan un estar lanzado hacia el mundo; el espíritu de conquista; indican movimiento; el ser de un caminante; de algún modo, lo contrario del reposo y la acogida femenina.

El cuerpo del varón está hecho para enfrentar el mundo; para la lucha. Su reciedumbre física lo hace apto para proteger y resguardar la vida de la agresión externa.

Podemos decir que el cuerpo del varón expresa una estructura de conquista creadora, que el varón es impulso creador.

En esta perspectiva es interesante observar el proceso de la fecundación. Los espermios deben recorrer un camino, deben luchar para alcanzar el óvulo. Cuando ese espermio entra y es recibido creadoramente en el óvulo, se produce la fecundación.

El varón y la mujer poseen radicalmente, como personas humanas, una misma psicología, con distintas acentuaciones complementarias en cada uno.

Una actitud y un sentir propio en cada sexo, en el marco de la igualdad genérica

Como de algún modo ya lo hemos indicado, la corporeidad masculina y femenina conforma la psicología propia de ambos sexos. Pero debe recordarse que toda diferenciación específica tiene que ser considerada en el marco de la igualdad fundamental del varón y la mujer. Ambos poseen una psicología "humana", radicalmente igual; y, sin embargo, ambos poseen acentuaciones diversas y complementarias. Más todavía: en cada caso concreto el "plus" de uno y de otro será distinto. Muchos varones tienen un sentir marcadamente femenino (que nada tiene que ver con "afeminamiento"), y muchas mujeres cuentan con más rasgos de carácter viriles que otras (lo que tampoco tiene nada que ver con un "ahombramiento"). Nos movemos siempre en el juego de esa necesaria polaridad de las actitudes "más" propias del varón o "más" propias de la mujer, cuyos portadores natos son los representantes de uno u otro sexo.

Los "mitos" sobre lo típico masculino y femenino

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

Está claro que determinados condicionamientos culturales han creado estereotipos y mitos sobre lo “típico” masculino o femenino: “los hombres no lloran”; “la religión es cosa de mujeres” y tantos otros. Sin embargo, más allá de esto, a lo largo de todas las culturas también se pueden comprobar las constantes psicológicas en el modo de sentir y en la manera de plantearse ante la realidad propia de ambos sexos. Son constantes que responden al permanente condicionamiento corporal biológico y genético de uno y otro sexo.

La mujer, marcada por la maternidad en su cuerpo y en su psicología, es cercana a la vida y servidora de la vida; es sensible a todo aquello que afecta la vida de las personas.

La psiquis femenina

La maternidad biológica marca profundamente la psiquis femenina, su actitud profunda. Hace a la mujer cercana a la vida y servidora de la vida; interesada “por vocación” de lo personal; sensible a todo lo que tiene que ver con la persona y con las cosas que conforman el ambiente en que se desarrolla la vida humana. La naturaleza le ha regalado esa típica y necesaria “intuición femenina”, que no necesita de mayores análisis y raciocinios para saber qué le sucede a su hijo o a su esposo; que la hace certera y “aterrizada”, mientras el varón tiende a perderse en sus elucubraciones y planes.

Este sentido por la vida hace que la mujer sienta más globalmente; y que vea las cosas de manera más integral (lo vivo no se puede disecar), y que tenga mayor sensibilidad para detectar y saber tratar los procesos de vida.

Educadora y portadora de la cultura

La maternidad biológica y espiritual convierten a la mujer en la educadora y servidora de la vida por antonomasia: ella no sólo es la primera –no la única– que acoge y engendra vida, sino también la que transmite los valores, que el niño, por así decirlo, bebe con la leche materna. Por otra parte, la mujer es el símbolo no sólo de la defensa y servicio de la vida en general, sino, particularmente, de la vida del ser más débil y necesitado. Es legendario el instinto materno que la lleva a preocuparse del más desvalido.

La mujer, al ser madre, se hace portadora de la cultura, porque en ella confluyen, física y espiritualmente, el padre y los hijos; ella crea el ambiente de hogar. Junto con dar alma al hogar y a la cultura, por estar estrechamente ligada a la vida, ella se convierte en la memoria viviente de la familia y del pueblo. De algún modo es la poseedora de la identidad cultural del pueblo al cual pertenece. Por eso, evangelizar la cultura debe implicar para la Iglesia, en primer lugar, comprender y evangelizar el ser y la misión de la mujer. “La mujer –afirma Gertrudis von Le Fort– es la suprema fortaleza de un pueblo. Si el varón cae, Dios castigará al varón; pero si es la mujer la que cae, Dios castigará a todo un pueblo”.

Negar la vocación radical de la mujer a la maternidad equivale a negar lo más profundo y noble de su ser. Reducir la maternidad a un mero hecho biológico, significa minimizar la realidad objetiva. ¡Cómo tendría hoy que ser la mujer, mujer

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

de verdad, para poder revertir el proceso que nos arrastra cada vez más hacia una cultura de la muerte!

La mujer experimenta la vida de modo visceral y capta su misterio. Percibe lo trascendente y lo divino; se siente dependiente de algo superior.

El sentido religioso de la mujer

Considerando la corporeidad femenina, queremos destacar otro elemento que caracteriza profundamente su modalidad propia. Normalmente ella muestra un mayor sentido religioso que el varón. De alguna manera, la mujer vive más profundamente la dependencia, tanto frente a Dios como frente al varón. ¿Es esto producto de un mero condicionamiento cultural?

Nos parece que se trata de algo mucho más radical. La maternidad hace a la mujer tremendamente personal y cercana a la vida, y con ello, al misterio que encierra la vida. Siempre mira lo vivo; tiene sentido por las cosas vivas, para los procesos de vida. Lo tiene por naturaleza. Ella "siente" la vida en su propio cuerpo; se siente, en lo más profundo, parte del ritmo propio de la naturaleza, de todo lo que es vivo. Siente el compás de la creación en su ser; como la naturaleza experimenta en sí misma ciclos y períodos, ella tiene períodos en su ánimo, en su fecundidad física. Es cercana a la vida porque es parte de la vida; es estructuralmente vital. Todo esto es algo que el varón difícilmente puede imaginar: él piensa, raciocina, analiza, "arma" y "desarma" la realidad.

La mujer concibe y va cuidando la vida que es lenta y progresiva en su desarrollo, que no se deja encasillar en módulos prefabricados. Para ella la vida es un don con el cual sintoniza y en el cual, intuitivamente, como decíamos, capta el misterio. Intuye lo personal, los procesos vitales, intuye el misterio de las personas. Y por ello mismo, percibe que tras esa vida hay algo trascendente, de lo cual ella no es simplemente dueña para hacer y deshacer. Al percibir de algún modo el misterio divino que encierra la realidad, se siente ella misma dependiente de algo superior, de alguien que la trasciende.

Expresado en otra forma: la mujer posee (mucho más que el varón) alma de niño. El niño se sabe dependiente y también cuenta con una gran capacidad de admirarse. En forma espontánea e intuitiva capta de modo genial lo que no se ve, lo trascendente, a Dios mismo, y, con extraordinaria facilidad, establece un contacto personal con él.

Cuando un niño varón pasa la edad de la pubertad, generalmente pierde esa alma de niño, y como adulto le cuesta recuperarla (recordemos la conversación de Jesús con Nicodemo). Se siente muy pronto un verdadero rey y desarrolla la pretensión de que otro ser se afirme en él. Esto le da una grandeza diversa de la modalidad femenina, porque refleja algo de Dios, esa especie de libertad, de soberanía de Dios. Sin embargo, para no extrapolar esa grandeza, también debería cultivar en su corazón al niño que duerme en él. La mujer, en cambio, normalmente conserva, más allá de la etapa infantil, el carácter creatural, filial; el sentido de la dependencia de un ser superior.

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

La mujer hoy, muchas veces se resiste a asumir la misión que lleva inscrita en su propio cuerpo: ser madre, biológica y espiritualmente; no se considera llamada a resguardar el sentido de Dios en la sociedad.

Mirando la realidad actual

¿Qué podemos decir hoy de la maternidad? ¿Está representando la mujer en la propia familia y, más allá, en la globalidad de la cultura en que vive, la misión que lleva inscrita en su mismo cuerpo? Hoy la mujer no sólo está poco presente en los diversos ámbitos culturales, no sólo es discriminada y poco valorada en lo que ella es y aporta, sino que –y esto es lo más trágico– ella misma muchas veces no quiere ser madre, no lo quiere ser biológica ni espiritualmente.

Le parece que servir es denigrante. Quiere dominar, como el varón –y ojalá también al varón–. Ya no quiere ser corazón (los valores del corazón en esta civilización poco cuentan), sino que quiere ser cabeza, no quedarse atrás, ni menos estar sujeta al dominio y abuso del varón: quiere liberarse, para “realizarse a sí misma”, libre de la carga de los hijos y del varón. Al mismo tiempo muestra una lamentable pérdida del sentido del misterio y de lo trascendente; y ello significa para la sociedad perder la fuente primaria de la vida: el sentido de Dios.

Para afirmar su libertad, la mujer reclama hoy hasta el derecho de utilizar su cuerpo a su real gana y abortar si la vida que ha concebido le parece molesta o limitante de su anhelada “libertad”; o bien, reclama el derecho a ser lesbiana, pues les parece que la relación íntima con otra mujer la hace más plena que la relación con el varón.

La humanización de la cultura requiere la presencia de la mujer en el hogar y en todos los ámbitos de la sociedad, como una presencia auténticamente femenina y maternal.

Preguntas a la mujer

¿Podrá la mujer actual reconciliarse con el sello indeleblemente grabado en su propio cuerpo?, ese cuerpo que no sólo la hace capaz de engendrar vida biológica, sino que también marca en su psicología y disposiciones anímicas valores que tanto se requieren para redimir nuestra cultura?

¿Quién va a “humanizar” nuestra cultura? Dudamos que sea sólo y preponderantemente el varón. Conocemos muy bien en nuestro siglo los caminos que éste ha seguido para establecer la fraternidad en un mundo deshumanizado y hecho pedazos. ¿Cómo se ha ocupado el varón de los más necesitados, de los pobres, de los desvalidos? ¿Qué nos promete en el futuro con el extraordinario y fascinante avance tecnológico y el progreso?

¿Podrá la mujer actual llegar a ser alma infundiendo alma a un mundo deshumanizado? ¿Salvará ella el sentido de lo personal, del darse y realizarse sirviendo? ¿Guardará e irradiará esa maravillosa actitud de acoger, de recibir al tú

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

y de entregarse, olvidándose de sí misma, tal como las auténticas madres saben hacerlo?

¿Será capaz de darle alma a la cultura adveniente o estará ésta condenada a la esterilidad, a la carencia de amor personal, a la violencia y la lujuria?

¿Quién va a espiritualizar el mundo? ¿Quién nos enseñará el sentido de la trascendencia? ¿Quién va a espiritualizar la carne y encarnar el espíritu? ¿Lo hará el varón?

Es necesaria la presencia de la mujer en el hogar (allí se determina lo más básico de la cultura), pero también en la sociedad, en los más variados ámbitos, en la misma Iglesia; esa presencia debe ser, sí, una presencia auténticamente femenina, contundentemente maternal. Nuevamente: “no es bueno que el varón esté solo”.

Ahora bien, para que la mujer llegue a estar feliz de ser mujer, es necesario que el varón la aprecie y respete en lo que ella es según el plan de Dios. Pero, ¿qué imagen tiene hoy el varón de la mujer? Los spots publicitarios revelan algo de su visión. No hay duda que estamos situados ante desafíos radicales, determinantes. Hoy no se juegan cosas secundarias. En muchos sentidos hemos tocado fondo.

Es preciso que los excesivos rasgos típicamente masculinos en la Iglesia, cedan paso a una profunda y mayor presencia en ella de los rasgos femeninos, de lo mariano.

Tarea evangelizadora de la Iglesia

¿Cuál es el rol evangelizador de la Iglesia en este momento histórico? ¿A qué dedica sus fuerzas? ¿Quién proclamará, con el ser y la palabra, la verdad sobre el hombre, la verdad, específicamente, sobre el varón y la mujer? La Iglesia, que se define a sí misma con caracteres femeninos (madre, esposa, educadora, servidora de la vida), ¿los encarna? ¿cómo se reflejan esos valores en el ejercicio de la autoridad? ¿presentan los pastores, llamados a ser “cabeza”, una masculinidad armónica, que ha sabido incorporar en sí los valores del alma femenina?

Cito a Hans Urs von Balthasar. Sus palabras datan de los años setenta, no obstante, guardan mucha actualidad:

“La Iglesia postconciliar ha perdido notablemente sus rasgos místicos. Es una Iglesia de las continuas conversaciones, organizaciones, consejos, congresos, sínodos, comisiones, institutos, partidos, grupos de presión, funciones, estructuras y reestructuraciones, experimentos sociológicos, estadísticas: más que nunca una Iglesia de varones; a no ser que a veces sea una conformación asexual, en la cual la mujer sólo conquistará su lugar en cuanto esté dispuesta a transformarse en algo semejante ... ¿Acaso no han llegado a dominar en la Iglesia estos rasgos típicamente masculinos y abstractos, porque se ha renunciado a esa profunda e íntima femineidad, a la marianidad de la Iglesia? ... Lo mariano gobierna ocultamente en el ámbito de la Iglesia, tal como la mujer lo hace en el hogar. Pero la mujer no es un principio abstracto, sino una persona

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

concreta, y a partir de esa persona se irradia una atmósfera femenina”
(Klarstellungen, p.70)

3. El sacramento del matrimonio

Cristo instituye el sacramento del matrimonio de tal modo que el varón, como esposo y cabeza de la familia, pasa a ser signo sacramental de Cristo Cabeza, y la esposa, signo sacramental de la Iglesia, Esposa de Cristo. Tal como para la Iglesia no constituye ninguna denigración estar “sometida” a Cristo, tampoco lo constituye el “sometimiento” de la esposa a quien tiene la tarea de desempeñarse como cabeza del hogar.

Sentido del sacramento del matrimonio

Si bien es cierto que el sacramento del matrimonio no fue instituido por Cristo, en primer lugar, para manifestar la identidad del varón y la mujer, sin embargo, por lo que representa constituye una importante fuente de luz que ilumina, desde Cristo, el ser y la misión de ambos sexos.

Por eso, habiendo contemplado el misterio de la creación del hombre, y habiendo tratado de desentrañar la voluntad de Dios para el varón y la mujer en su originalidad corporal, damos ahora un nuevo paso en nuestra reflexión; los miramos a ambos desde el sacramento del matrimonio, desde esa misteriosa unidad de Cristo con la Iglesia y de la Iglesia con Cristo.

En el capítulo quinto de su Epístola a los Efesios, san Pablo desarrolla su pensamiento sobre el matrimonio. Para oídos modernos resulta chocante su posición. Aparece como una indebida y hasta denigrante valoración de la mujer, la que debe estar “sometida” y “respetar” al marido, porque éste es “cabeza de la mujer”. Las corrientes feministas han encontrado aquí un blanco claro para delatar el “machismo” y “patriarcalismo” paulino y eclesial.

Pero, ¿desprecia realmente san Pablo a la mujer? ¿la minusvalora en relación al varón?

Para responder esta pregunta, primero debemos situarnos en el horizonte de la enseñanza general de san Pablo. Así podremos constatar que para san Pablo no cabe duda que lo primario y básico es la igualdad de todos los bautizados en Cristo Jesús; porque en Jesucristo no hay “ni hombre ni mujer”; “ni esclavo ni libre” (Gal. 3, 28) ... El uno debe someterse al otro en el amor, y esto vale tanto para el esposo frente a la esposa como viceversa. Más todavía: el uno debe considerar al otro superior a sí mismo en una auténtica humildad (Fil 2,3). Ambos, varón y mujer, están sometidos a Cristo, pues él es la Cabeza de todo el cuerpo. Tanto el varón como la mujer fueron desposados con Cristo como una casta virgen (2 Cor 11,2). Afirma san Pablo en el mismo capítulo 5 de Efesios: “Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo”. (Ef 5,21)

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

Para comprender la visión del matrimonio en la perspectiva de la Epístola a los Efesios, debe tenerse siempre en cuenta esta igualdad básica entre varón y mujer. Ambos tienen como cabeza a Cristo, ambos están llamados a ser “esposa” de Cristo; ambos están sometidos a Cristo y deben “someterse” mutuamente en el amor el uno al otro. De lo que se trata, en relación al sacramento del matrimonio, es del signo sacramental, del simbolismo que encarna la función de uno y otro. Signo que, sin embargo, tiene su base natural en la originalidad de ambos.

Teniendo clara esta doctrina de validez general, san Pablo adopta una perspectiva singular para explicar el matrimonio cristiano. En definitiva se trata del “gran misterio” de la unidad y del amor de Cristo Cabeza y la Iglesia, su Cuerpo. Pablo ve en el matrimonio el reflejo sacramental de esa misteriosa unidad trascendente. El misterio del sacramento del matrimonio debe entenderse en esa perspectiva de fe: Cristo lo instituye como un signo sensible y eficaz de aquella realidad mística que expresa la voluntad nupcial de Cristo hacia la nueva humanidad redimida, que es la Iglesia. El esposo pasa a ser de este modo signo sacramental de Cristo Esposo-Cabeza, y la esposa signo sacramental de la Iglesia Esposa-Cuerpo de Cristo.

Al mismo tiempo, por otra parte, la relación esponsal manifiesta la unión esponsal de Cristo y la Iglesia.

El sacramento confiere al varón la misión y la gracia para ser imagen, signo visible, símbolo vivo, de Cristo Cabeza, y a la esposa le confiere la misión y la gracia para ser imagen viva y eficaz de la Iglesia Esposa de Cristo. Por la gracia sacramental ambos están llamados y capacitados para reflejar y hacer presente la íntima y misteriosa unión de amor entre Cristo y la Iglesia.

Desde esta perspectiva debe ser comprendida la enseñanza paulina.

¿Cuál es la relación de la Iglesia respecto a Cristo? ¿Qué significa para ella estar “sometida” a Cristo? ¿Qué significa que la Iglesia tiene como “cabeza” a Cristo? ¿Es denigrante para ella esta realidad? ¿Sería mejor no estar “sometida” a su esposo? “Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos” (Ef 5,24)

San Pablo mismo se encarga de puntualizar las consecuencias que se derivan, a la luz de este misterio, tanto para el varón como para la mujer.

El esposo debe ser una viva imagen de Cristo. Cristo es Cabeza de la Iglesia, como alguien que sirve, que se entrega y da la vida por ella. En estas condiciones, la esposa se “somete” gustosa a esa cabeza y la respeta. Existe una gran tarea pastoral: evangelizar la función de varón en el hogar, en el sentido indicado.

La gracia y la tarea que confiere el sacramento del matrimonio al varón

¿En qué forma actúa Cristo como cabeza? Cristo mismo lo explica y lo ejemplariza con su vida: “Ustedes me llaman ‘el maestro’ y ‘el Señor’, y dicen bien, porque lo

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

soy. Pues bien, si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también deben lavarse los pies unos a otros” (Jn 13, 14-15). Y les insta a seguir su ejemplo: “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29), “sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder Pero no debe ser así entre vosotros ...”(Mt 20, 25-26). Cristo es cabeza de la Iglesia de este modo ... como alguien que sirve. Pero él va todavía mucho más allá: se entrega y da su vida por la Iglesia.

Este es el programa que Pablo les encarga a los esposos: éstos deben ser una viva imagen suya. Lo explicita así: “maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella... Así deben amar los maridos a sus mujeres como a su propios cuerpos... porque nadie jamás aborreció su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo” (Ef 5, 25 ss.)

Si el marido es fiel a la gracia que le confirió el sacramento del matrimonio y busca verdaderamente ser reflejo de Cristo ejerciendo su función de cabeza en su espíritu, entonces, la esposa, gustosa se “someterá” a esta cabeza y la respetará: “Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos” (v.24). La analogía de la “sumisión” de la Iglesia a Cristo Cabeza, con la “sumisión” de la esposa al esposo, como signo de Cristo Cabeza, presenta, sin embargo, una diferencia central: aquella está sometida a Cristo, pero no Cristo a la Iglesia. En cambio, en el matrimonio, ambos también están sometidos a Cristo.

Pero si la esposa se encuentra ante un marido cabeza del hogar, al modo de aquellos “que dominan con violencia”, entonces por cierto que el “someterse” lo sentirá no como algo liberador y enaltecedor sino humillante e indigno.

El gran problema pastoral que se presenta en este sentido es que no preparamos ni educamos a los maridos para ser cabeza según el corazón de Cristo. No evangelizamos la función del varón como cabeza del hogar (en este sentido: cabeza de la esposa y de los hijos) Entonces éstos, separándose de su modelo, abdican de su función o bien ejercen su rol con brutalidad, vejando la dignidad de la mujer, mostrando justamente un signo contrario de lo que debieran ser sacramentalmente. Cumplen así la maldición del pecado original, dominando con violencia (muchas veces física) a la mujer, y eso significa que no actúan como redimidos sino como esclavos del pecado.

Es indispensable evangelizar el desempeño de toda autoridad, para que la función de ser cabeza deje de ejercerse de modo autoritario y despótico.

Necesidad de evangelizar la función de la autoridad

Si se considera que esta función de cabeza al interior de la familia es una concretización original de la función de la autoridad en la Iglesia y en la sociedad, se puede medir la urgencia de una profunda evangelización en este campo. En general, nos hemos preocupado más de evangelizar la comunidad y la solidaridad, pero no se ha puesto igual o mayor énfasis en la autoridad. Y es un hecho que se ha

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

ejercido en forma terriblemente autoritaria y despótica la función de ser cabeza. No es de extrañar, entonces, que a nadie, ni menos a la mujer, le resulte atractivo “someterse”, pues, por experiencia, todo sometimiento tiene sabor a denigración y abuso.

La autoridad de la mujer, como esposa y madre, necesita apoyarse en la autoridad del varón y sentir que el esposo a su vez la apoya. La autoridad del jefe del hogar es compartida y solidaria con la autoridad de la mujer como esposa y madre.

La autoridad de la mujer

En este contexto, una vez más, se hace también necesario precisar, la igualdad básica entre la mujer y el varón. La mujer puede y de hecho muchas veces asume funciones de cabeza en los más diversos ámbitos de la sociedad. Si este es el caso, entonces vale para ella lo mismo que para el varón: debe ejercer su autoridad como la ejerció Cristo y en dependencia de él.

Al interior de la familia, sin embargo, es el varón, en cuanto padre, a quién Cristo le confía la función de cabeza o de autoridad última (toda comunidad precisa una última autoridad: serían inoperantes dos últimas autoridades al interior de un mismo cuerpo social). Ahora bien, el esposo, en cuanto padre, ejerce con su esposa, en cuanto madre, una autoridad parental “compartida”, solidaria y “democrática”, en el mejor sentido de la palabra, pues siempre se trata de una autoridad –ella misma subordinada a Cristo–, en el amor, que considera al otro “superior que a sí mismo”. La autoridad de la mujer, como esposa y madre, necesita apoyarse en la autoridad del varón y sentir que él a su vez la apoya. ¡Cuánto sufre su calidad de mujer, de esposa y de madre si no puede hacerlo!

La mujer, como esposa del varón, está llamada a ser imagen y símbolo palpable de la actitud sponsal ante Dios. Esto tiene una importancia capital, porque el varón tiende por naturaleza a la autonomía y debe aprender de su esposa a ser “niño ante Dios”. Si la mujer pierde su vocación, arrastra a la ruina al varón: “No se salva el varón sino por la mujer”.

La gracia y la tarea que confiere el sacramento del matrimonio a la esposa

¿Y cuál es la tarea de la esposa según san Pablo? ¿Cuál es su sacramentalidad? La respuesta a esta pregunta se deduce de la respuesta a la pregunta sobre ¿qué es la Iglesia para Cristo? ¿qué significa ser esposa de Cristo para la Iglesia?

Ser esposa de Cristo significa para la Iglesia acoger, activamente, con inmenso amor, el don del Esposo. Significa fidelidad plena en el don de amor, total, íntimo y permanente, a Cristo. Significa compartir con Cristo el dolor redentor, y ser madre, constituyendo con él una comunidad salvífica. Significa ser reina junto a Cristo Rey.

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

La actitud básica de la Iglesia esposa es su receptibilidad para acoger el don de Dios en la fe. Toda persona humana –varón y mujer– está llamada a abrirse para recibir el don de Dios. Y esa actitud creatural, de abertura y dependencia frente al Dios creador y redentor, es la que la Iglesia encarna sacramentalmente como esposa de Cristo.

Por el sacramento del matrimonio, la mujer, como esposa del varón, está llamada a ser imagen y símbolo palpable de esta actitud esponsal ante Dios. Esta sacramentalidad posee una importancia capital, ya que, básicamente, de esa actitud depende que el hombre acepte o no la salvación. Por de pronto el varón, que tiende por naturaleza a la autonomía, debe aprender de la mujer, su esposa, “el ser niño ante Dios”; la actitud que él mismo debe adoptar frente a Cristo, que es cabeza de la mujer y también cabeza suya.

Si la mujer niega esta actitud, no solamente es ella la que pierde su vocación, sino que, al mismo tiempo, arrastra a la ruina al varón y a toda la creación. No en vano decía San Bernardo: “No se salva el varón sino por la mujer”, en cuanto ella le enseña la apertura de la fe, en cuanto lo lleva a ser “religioso” (a re-ligarse filialmente a Dios), a ser “dependiente”, como los niños, mostrándole así el único modo de entrar al reino de los cielos.

¿No ha perdido nuestra Iglesia, muchas veces, los rasgos femeninos de la esposa? No cabe duda que sí; y esto significa que con ello pierde la raíz de su vitalidad, significa que mengua notablemente su capacidad de ser alma del mundo, madre y maestra de los pueblos.

¿No sería necesario revisar la catequesis del sacramento del matrimonio, desarrollando, en este sentido, una acción pastoral decidida? ¿No deberíamos encontrar en el sacramento del matrimonio una fuente de luz que lleve a esclarecer el papel y oficio que le cabe al varón y a la mujer en la Iglesia y la sociedad?

La resistencia de muchas mujeres a aceptar a María como modelo e ideal de la mujer actual, se origina en una incomprensión de lo que se percibe en las escrituras respecto a María. Ella es “del todo distinto de una mujer remisiva de religiosidad alienante”.

4. María, ideal de la mujer

El cuarto camino de reflexión que hemos propuesto para desentrañar la identidad femenina consiste en contemplar el ideal de la mujer en María.

Ella, la bendita entre todas las mujeres, es la contrapartida de Eva; la imagen y encarnación perfecta de la Iglesia: Virgen, Madre y Esposa.

¿Puede ser María modelo e ideal para la mujer actual? Muchas mujeres se rebelan hoy ante esta posibilidad, porque piensan que ello significaría perder el terreno ganado por los movimientos feministas, que han logrado sacar a la mujer de una vida opaca, reducida al encierro del hogar, carente de relevancia y trascendencia

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

social y política. Significaría reafirmar el patriarcalismo cultural, que en la práctica consideraba a la mujer como un ser de segunda categoría.

Pablo VI, en su memorable exhortación apostólica *Marialis Cultus*, ya daba respuesta a las objeciones que se planteaban en esta línea durante el postconcilio. En ella explica cómo la persona de María trasciende un determinado condicionamiento cultural. Mejor dicho, en el marco del condicionamiento cultural de su época, ella se destaca y reluce como manifestación y “modelo eximio de la condición femenina y ejemplar limpidísimo de vida evangélica” (MC 36). Pablo VI no trepida en afirmar que “María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo”, en particular de la mujer contemporánea; y que la figura de la Virgen “no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo” (MC 37)

Para hacer tal afirmación es necesario mirar más detenidamente el dato bíblico. Si se considera atentamente lo que se percibe de María en las Escrituras, nos encontramos no con “una madre celosamente replegada sobre su propio hijo”... sino con alguien “del todo distinto de una mujer remisiva o de religiosidad alienante”...(MC 37).

Dios ofreció un ideal *encarnado* de la mujer a través de María, y de ese modo proporcionó a la humanidad una imagen clara de la idea que él tuvo acerca de la mujer y de su misión salvífica.

La pedagogía de Dios

No es éste el lugar para hacer un análisis bíblico-teológico de la persona de María mujer. Sólo mencionaremos el hecho de que la pedagogía de Dios, tendiente a revelar su plan sobre el hombre, no es ideológica ni abstracta, sino vital. El quiso ofrecer al hombre –tanto como varón o mujer– el ideal encarnado de la feminidad en la “Gran Señal” que aparece en el horizonte de la humanidad. Ante este signo visible de la feminidad, sería posible –en medio de las múltiples y contradictorias imágenes de mujer– proporcionar al género humano la idea que él tuvo de la mujer y del rol salvífico que él le asignó en el plan divino de salvación. Quiso mostrar a María, gráficamente y en forma palpable, como “garantía de la grandeza femenina” (DP 299).

Y no sólo la mujer y el varón deben mirar a María. Lo debe hacer, en primer lugar, la Iglesia. Si la Iglesia deja de mirar a María, fácilmente sufrirá un lamentable deterioro en su identidad, y perderá la llave que le abre la profundidad de su misterio: ser la Esposa del Esposo.

La Iglesia y la mujer contemporánea necesitan mirarse y reflejarse en María: en María Virgen, en María Madre y en María Esposa, para encontrarse y realizarse a sí mismas.

La virginidad, en el lenguaje bíblico, expresa el sentido de la abertura y receptividad propia de la creatura frente al

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

Creador; de algún modo, equivale a la pobreza de espíritu y al ser niños ante Dios.

María Virgen

Ser *virgen* no parece hoy un ideal especialmente atrayente (la mujer hoy, afirmaba Quoist, no quiere ser ni virgen ni madre). Y, sin embargo, ser virgen es condición primaria para la mujer y la Iglesia.

María es Virgen como afirmación de su pertenencia y abertura total a Dios, quien es su único Señor. Ella es *de* Dios y *para* Dios. La virginidad, en el lenguaje bíblico, equivale al “ser niños ante Dios”: “si ustedes no se convierten interiormente y no llegan a ser como los niños, no entrarán en el Reino de Dios”. Una enseñanza dura para Nicodemo y para los innumerables nicodemos de hoy. Virginidad significa dependencia creatural, encarnación de la “potencia obediencial” propia de la creatura frente al Creador; significa acogida al don de Dios. Equivale a la bienaventuranza de los “pobres de espíritu”.

La virginidad de María se expresa en ese Sí que determinó la historia, que hizo posible la encarnación del Verbo; el sí libre y pleno de la Sierva del Señor (no del varón).

La virginidad de María también significa para ella haber decidido –algo inconcebible para su época– “no conocer varón”. ¡Cómo contrasta esto con la mujer sometida a la sensualidad y sexualidad abusivas del varón, quien ha hecho de la mujer un juguete de sus pasiones, un ídolo y señuelo sexual en la propaganda de una sociedad de consumo a fin de poder vender más exitosamente sus productos! ¡Cómo contrasta con la propia exaltación de su atractivo sexual!

María Inmaculada es, en medio del pansexualismo y el materialismo, por una parte, y del espiritualismo angelista, por la otra, el signo visible de la espiritualización de la carne y de la encarnación del espíritu. (Cf. Puebla) Es signo de esa armonía y transparencia que tanto nos cuesta.

La humanidad actual está enferma de carencia de maternidad y debe aprender de María, de su maternidad virginal, la actitud de servicio y cultivo de la vida. Es indispensable la presencia de auténticas “madres del mundo”.

María Madre

Toda mujer, no sólo la mujer consagrada, está llamada a ser María, a ser virgen, a ser, ejemplarmente, Iglesia. Está llamada también a ser, con y como María, madre, “madre de los vivientes”, madre de la Iglesia. “Madre”, porque engendra vida y sirve a la vida.

María concibió en su seno y dio a luz a quien es “la Vida”. Su virginidad es una virginidad *maternal*. Los siglos dan testimonio de la maternidad de María. Ella es Madre y es Reina, sirviendo. Servir, darse, estar volcada al tú, al más débil, apoyar con valentía y asumir el dolor, haciéndolo florecer en mayor vida, es su vocación. Y

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

no se avergüenza de ello; no se siente menoscabada, disminuida en su dignidad, porque sirve y cultiva con paciencia la llama de la vida. No especula con el dominio, con el ser servida; no tiene envidia de Pedro. No, ella está cumpliendo otra función más importante aún que la de ser representante de la cabeza; ella es el corazón de la Iglesia, el vínculo de unidad, el ícono cercano e inefable del Espíritu Santo, que es Dador de la Vida y Padre de los Huérfanos, el Educador que nos enseña y hace comprender la Palabra.

Una vez más: ¿No está enferma la humanidad actual de carencia de maternidad? ¿No estamos sumergidos en la hibris de un virilismo? ¿No perdemos cada día más el sentido por la vida, por el tú personal? ¿No es cada día más pobre nuestra capacidad de contacto y de establecer vínculos afectivos personales? La cultura actual necesita a María.

El drama que representa el hecho de que tantas mujeres no quieran hoy encarnar la maternidad –pues ven en ella una esclavitud que les “impide realizarse a sí mismas”–; la tragedia de no ser María Madre y de no estar presente con su virginidad maternal en los diversos ámbitos del quehacer humano (en el hogar, en la política, en el arte, en la economía); la involución “evática” de nuestra cultura, es lo que explica, en gran parte, la ruina de nuestra cultura, que la lleva aceleradamente a convertirse, cada día más, en una “cultura de la muerte”.

¡Cuánto tiene el ser humano que aprender de María! ¡Cuán necesaria es la presencia de auténticas “madres del mundo”! Pastoralmente no podemos confiarnos demasiado de las proclamaciones y aclaraciones ideológicas. En la vida las cosas se deciden básicamente en otra forma. Los antiguos decían: “Las ideas ilustran, los ejemplos arrastran”. Esa es la pedagogía de Dios: acercarnos el ejemplo vivo de María, para que, amándola, lleguemos a asemejarnos a ella.

Corremos el peligro de que la mujer, igual que el varón, caiga en la tentación de Prometeo, sintiéndose como él dueño y señor de la historia. Por la gracia sacramental del matrimonio, la mujer está llamada a ser esposa de Cristo, a encarnar esta condición y enseñársela al varón. Por eso, la mujer debe mirar a María, compañera y colaboradora sponsal de Cristo. En esta perspectiva, la pastoral mariana tiene extraordinaria relevancia.

María Esposa

María es virgen, es madre y es esposa. Esposa de José; esposa del Espíritu Santo, según una advocación común en la piedad del Pueblo de Dios; Esposa de Cristo, en la reflexión teológica más moderna. (El teólogo Scheeben, por ejemplo, la define como la *Madre sponsal o la esposa maternal de Cristo*).

No debiera extrañarnos, pues, que se llame a María “esposa” de Cristo. Toda la creación, y la Iglesia, como inicio y germen de la nueva creación, está llamada a ser esposa de Cristo (Cf. 2Cor 11,2). Esto vale para todos, varones y mujeres. La Iglesia es esposa y cada bautizado, miembro de la Iglesia, lleva el sello de la apertura y dependencia sponsal frente a Cristo. En este sentido se tocan el ser

LA IDENTIDAD FEMENINA

P. Rafael Fernández de A.

virgen con el ser esposa. Y si esto vale para la Iglesia y cada bautizado, vale por excelencia para María. Ella es la Esposa de Cristo, el arquetipo de la Iglesia Esposa.

El carácter sponsal de María muestra también que ella, más allá de ser virgen y madre, es *compañera y colaboradora de Cristo*. “Fue la fiel acompañante del Señor en todos sus caminos ... Fue un don generoso, lúcido y permanente. Anudó una historia de amor a Cristo íntima y santa, única, que culmina en la gloria” (DP 292). Ella es “la colaboradora estrecha en su obra... cooperadora activa”, la “nueva Eva junto al nuevo Adán”. Y por ello se convierte, unida sponsalmente a Cristo, en protagonista de la historia.(DP 293)

Nuevamente María señala la dignidad y el rol salvífico de la mujer, y no sólo de ella, sino también del varón. Este tiende a sentirse el dueño y señor de la historia y esa ambición suya nos ha conducido a todas aquellas utopías prometeicas que tanto han abundado y que siguen apareciendo en nuestro tiempo. No le interesa “construir con”, no sabe “ser una ayuda semejante a él”. Y si el varón cae tan fácilmente en la tentación de Prometeo, qué se puede esperar del futuro de nuestra cultura, si quien está llamada a ser, por la gracia sacramental del matrimonio, esposa de Cristo, no se lo enseña, no lo encarna sino que se fascina, al igual que el varón, en pos de la misma aventura prometeica. Por eso la mujer debe mirar a María para aprender de ella, indentificándose por el amor con ella, el ser compañera y colaboradora sponsal de Cristo.

Considerando a María en esta perspectiva, percibimos la extraordinaria relevancia que posee para la Iglesia una esclarecida pastoral mariana. El desafío de responder a la crisis de los sexos en forma creadora y positiva, podía asumirlo entonces con una confianza que no será defraudada.